

# Tal cual somos (5)

Vicente Umpiérrez Sánchez

# Tal cual somos [5]

Vicente Umpiérrez Sánchez



VUMSA

# Capítulo 1

## TAL CUAL SOMOS (5)

Anoche tuve un sueño, que parecía realidad; pero no, fue solamente un sueño. De ilusiones también se vive, nos anima el refrán, a veces, de forma muy majadera y agobiante.

Llegabas a casa, a media mañana, con un ramo de flores y una desconocida y conquistadora sonrisa. Si esa sonrisa fue tuya alguna vez, yo no me acuerdo, mi memoria no da para alcanzar tan lejos. Los hechos, que apenas se repiten, pesan poco y el viento del olvido los hace desaparecer muy prontamente, en silencio, con cero aspaviento.

Era un día cualquiera, día de ningún aniversario, día de los que van pasando para atrás, hacia el oscuro fondo, sin acontecimiento digno de ser señalado, ni mucho menos de ser recordado. Raro era verte a esa hora en casa; tú, que sólo existes para el trabajo y llevas una vida tan unilateral, una vida sin color, sin olor, sin sabor; más raro aún, era verte con un detalle que tenía como destino, como espiritual meta, mi persona.

Las flores no fueron compradas en ningún lado, saltaba a la vista. No hiciste lo de otras ocasiones: mandar a uno de tus empleados, a última hora, en el día de nuestro aniversario de boda —¿que número de años faltan para nuestras bodas de plata? Por algún lado de mi memoria, por algunos de sus perdidos y pocos transitados rincones, andará ese número, intentando dar con la puerta que da a la calle—; mandar a uno de tus empleados, digo, a comprar un ramo de flores, que él mismo me trae a casa, sin que haya pasado antes por la mirada atenta de tus ojos y por la aprobación de tu gusto y de tu sentimiento; nunca has tenido como objetivo principal amar, sino cumplir. Cuanto me cuesta, le cuesta a la espontaneidad de mi sentimiento, agradecer tus cumplidos, por lo tan artificiales que son. Todos tus regalos son productos de una compra; regalos para comprar amor; de sobra sabe todo el mundo, aunque es cierto que siempre hay algún ignorante suelto, que el amor no puede ser nunca fruto de una compra; ni tan siquiera en sueños.

Pero esta vez era distinto. Un sencillo ramos de flores, flores que tu mismo habías ido a recoger al campo; unas humildes y diminutas flores, de las que nadie se agacha a recogerlas; acostumbradas están ellas a que todo el mundo pase de largo, acostumbradas están a que nadie las contemple y que, sin embargo, a mí me parecieron las flores más hermosas de este mundo. ¡Lo que hace la falta de costumbre! Por vez primera un regalo tuyo que no provenía del dinero, sino de una delicada acción tuya, como si fuera un poema de versos a conciencia elaborados. El mejor regalo, el más espiritual e íntimo regalo.

Junto con las flores venía una escueta carta, palabras tuyas por escrito, para que nada de lo que querías decirme quedase atrás, me decías. Tú mismo leíste en voz alta la misiva:

“Querida Obdulia, tengo que confesar que hace ya bastantes años dejé de ser tu novio, dejé de pretenderte, de enamorarte; eso empezó a ser así

incluso antes de casarnos. Yo permití que la rutina —los días, los meses y los años repetidos— fuera el sepulcro de nuestra relación de amor; de amor sin encanto, ni atractivo, de amor sin crecimiento alguno, de amor que encarcela y no libera, de amor sin aire. Es tan grande mi inercia a la quietud, que ya no soy capaz de ser otro distinto al que hace ya demasiado tiempo soy; tan correcto y exquisito, tan calculador de mi comportamiento cuando estoy ante gente extraña, y tan descuidado cuando estoy ante la gente a la que yo digo que amo, descuidado contigo, descuidado con nuestros hijos, descuidado con los amigos; aunque a decir verdad, ni amigos tengo. No tengo educación sentimental alguna, en esa esfera soy absolutamente analfabeto; vengo a pedirte una oportunidad última, para que me liberes de ese analfabetismo mío; no tengo a nadie que pueda ser mi maestro, mi maestra; a no ser tú quieras ser la maestra mía. Quiero empezar por este ramito de flores, flores recogidas una a una, sólo pensando en ti; no estaba en ninguna otra parte mi pensamiento, yo no lo permitía. Aquí vengo a que me marques los deberes, que me alejen de la sentimental ignorancia y me lleven a saber a amar verdaderamente; libérame, te lo suplico, de tan pesada y carcelaria ignorancia". Ahí terminó la carta. Y ahí terminó el sueño.

Yo me hago la ilusión de que estoy hablando contigo; pero una vez más —la soledad me empuja a ello—, estoy hablando sola; ya ni me parece extraño. Ensayo, para tener la firmeza, de hablarte sin ponerme nerviosa, con la convicción de que puedas reaccionar, y vengas a tornarte en ese ser amoroso, delicado y tierno, que anoche se me apareció en sueños, que vino humildemente a pedirme ayuda en la difícil tarea de aprender a amar. Mis esperanzas son pocas; eso es lo cierto. Me he debilitado tanto, me he hecho tan dependiente, que me falta valor para pasar a letra escrita todo esto que cuento a las mudas y siempre calladas paredes, que están la mayoría de las veces en sustitución tuya, en sustitución de tu gélida y distante persona. Me falta valor para mandarte, entonces, lo escrito en forma de carta al lugar donde estés ahora —por París creo que andas, viajas tanto, que ya ni retengo por donde andas—. Ni siquiera tengo la certeza de que llegaras a abrir la carta. Una vez que vieras mi nombre en el remite; dejarías su lectura para más tarde, igual que haces cuando acordamos hablar entre nosotros, terminas siempre dejándolo para más tarde, es decir, dejándolo para nunca.

También estoy yo viviendo en la inercia, imposible es que sea de otro modo; soy esposa y madre a secas, sin más trascendencia; vivo en la agobiante quietud del movimiento cero, mi mente está llena de pensamientos, que no tienen nunca la oportunidad de pasar a ser palabras, ni en mi boca, ni en mi mano; la comunicación entre nosotros es un cadáver que pasea triunfante por nuestra casa desde que amanece, sin que nadie tome la valiente decisión de darle definitiva sepultura. Para consolarme, vivo agarrada, cada vez más desesperadamente, a las ilusiones, a los sueños, a las esperanzas, al advenimiento de un nuevo día, a la triunfante llegada de un futuro que no sea la repetición de mi

pasado y de mi presente; vivo en la luz cada vez más tenue del puro y abstracto deseo. Pero como por la fuerza de la costumbre sucede, la realización de mi deseo —es lo que está escrito en todas las páginas del monótono y desesperante libro de mi vida— quedará para más tarde.